

## EL FUTURO DE LAS BIBLIOTECAS NACIONALES

Por Manuel Carrión Gútez

Estas palabras son un concentrado de experiencias y de lecturas digeridas por una meditación, cada vez más inquieta, en la que me han ido cerrando la perplejidad y la duda. Se parte, pues, aquí de lo que se vive y de lo que se sabe para llegar a lo que se adivina. Y no precisamente en un ejercicio de futurología, sino más bien a través de un análisis de características, cada vez más perceptibles.

La experiencia se alimenta de quince años de presencia en la Biblioteca Nacional (como subdirector catorce y uno como director en funciones) intentando convertir a una biblioteca del siglo XIX en una del siglo XX, es decir, tratando de conferirle, arquitectónica y funcionalmente, responsabilidades nacionales y presencia cultural de alcance, además de voz internacional, en una tarea que ha contado con una dirección decidida, con una infraestructura legal insostenible, con un personal sustancialmente concorde tan escaso como, por lo general, bien preparado y, en suma, con mucho entusiasmo y más pobreza. Otra fuente de experiencia me viene de mi presencia en reuniones internacionales (he asistido al nacimiento de la LIBER y de la CDNL y he sido testigo de la inauguración de la gran biblioteca berlinesa de la Preussische Kulturbesitz, por hablar de algunas ocasiones señaladas) y por el conocimiento directo de muchas bibliotecas nacionales, entre ellas, las llamadas «cuatro grandes» de Washington, Londres, París y Frankfurt.

Las lecturas sobre este asunto han sido permanentemente todas las que mi obligación profesional me imponía, pero me gustaría resaltar, dentro de la actualidad más viva, dos homenajes y un puñado de artículos básicos. Los dos homenajes han sido rendidos a colegas conocidos y amigos, en la vieja y noble forma del volumen impreso, y vienen de países en que el respeto es antes que la cordialidad, la generosidad social es preferida a la amistad ostentosa o conspiradora y en los que no se practica la antropofagia profesional. En 1987 se publicaba el homenaje a Jean Pierre Clavel, director hasta entonces de la Bibliothèque Cantonale et Universitaire de Lausanne, promotor de la LIBER y uno de los bibliotecarios más eminentes de Suiza, bajo el título, *Les bibliothèques, tradition et mutation*. En 1988, aparecía el homenaje *Nationalbibliotheken im Jahr 2000*, dedicado a Günther Pflug, que se jubilaba como director de la Deutsche Bibliothek de Frankfurt. En ambos casos, se trataba de dos bibliotecarios humanistas (el uno es un magnífico conocedor de la encuadernación artística, el otro un excelente historiador del libro) que, por su atención a las nuevas técnicas, provocaban una serie de contribuciones profesionales de gran importancia para el conocimiento del futuro de las bibliotecas nacionales. Algunas de las páginas que allí se contienen dejan abierto claramente el futuro. El racimo de artículos al que aludía antes se compone de los siguientes:

1. Humpheys, K.W.: «National Library Functions». *Un Bull. Libr.* 20 (1966) 4, 158-169.
2. Line, Maurice B.: «The role of national libraries: a reassessment». *Libri* 30 (1980) 1, 1-16.
3. Sysvestre, Guy: *Guidelines for national libraries*. París, Unesco, 1987 (PGI-87/WS/17).
4. Line, Maurice B.: *National Library and information needs: alternative ways of meeting them with special reference to the role of national libraries*. París, Unesco, 1989. (PGI-89/WS/9). También en *IFLA Journal*.
5. «Très grandes bibliothèques». *Techniques et architecture* n. 384 «Bibliothèques-Médiathèques» Numero special Congress IFLA. Paris, 1989, 128-131.

Aunque en la actualidad más de setenta bibliotecas se apellidan «nacionales», el prestigio de las bibliotecas nacionales y su influencia en el mundo bibliotecario descansan sobre el nombre y la acción de unas pocas, su aportación a la cultura de cada país no es fácilmente ponderable ni ha sido en general sopesada con detenimiento y, desde luego, ni el concepto de biblioteca nacional es unívoco, ni su plasmación histórica es homogénea ni mucho menos inmóvil.

En mi opinion, en las bibliotecas nacionales que han tenido un ciclo histórico completo debemos distinguir cuatro etapas, no necesariamente sincrónicas en cada una de las bibliotecas —sobre todo en su infraestructura legal— y casi siempre con alguna de ellas haciendo las veces de abanderada. La dimensión política de este tipo de establecimientos es tema no muy tocado que confiere un claro tinte «imperial» a bibliotecas como las de El Escorial, París, British Museum, Berlín, Viena, Budapest, Washington y la Lenin de Moscú... En todo caso, las bibliotecas nacionales, en todas sus etapas, han funcionado y funcionan siempre bajo la atención, interesada o desinteresada, cuidadosa o descuidada, de los políticos. No hay apenas posibilidades de que una biblioteca nacional, hasta el momento, pueda ser el resultado de la confluencia de una acción popular o profesional coordinada.

La *primera etapa* de las bibliotecas nacionales afecta a las que tienen acta de nacimiento anterior al s. XIX. La biblioteca del príncipe, la biblioteca regia (como, por otra parte y hablando de museos, ocurrirá con las colecciones reales de pintura y escultura) se convierte en biblioteca abierta o si queremos, se hace biblioteca «pública». Como es natural, estas colecciones tienen un carácter netamente renacentista y procuran reunir, bajo múltiples formas (libros, grabados, mapas, esferas terrestres...) el saber de su tiempo. En su intención y contenido no difieren mucho entre sí la biblioteca colombina y la de El Escorial, ni las ideas de Fernando Colón y las de Páez de Castro. Un buen día, antes o después, un príncipe ilustrado (tal Francisco I o Felipe V) «publico comodo patere iussit» (como sucedió en Viena en 1726) y la biblioteca, regia por su origen, propiedad, contenido y estructura administrativa, se hizo accesible a quienes eran capaces de utilizarla en aquella época. La Prunksaal de la Oesterreiche National Bibliothek y la Bibliothèque Nationale de París —junto con otras muchas bibliotecas alemanas e italianas— quedan como testimonio de lo que debieron ser las bibliotecas nacionales en esta etapa. Aunque se hubiera conservado en su edificio primitivo, no sería del todo éste el caso de la Nacional de Madrid, por haberse desgajado de ella las importantes colecciones que pasaron a formar el Museo Arqueológico Nacional.

La *segunda etapa* es hija de la Revolución Francesa. Las reales librerías se convierten en bibliotecas «nacionales», propiedad de la «nación» y no del rey. La biblioteca se pone al servicio de los representantes del pueblo y de los intereses que afectan a toda la nación. A la idea revolucionaria de liquidación del antiguo régimen (de cuyos despojos se nutrirán y a veces nacerán muchas bibliotecas nacionales) se adhiere el concepto romántico de «espíritu de los pueblos», el fervor nacionalista. El resultado será una biblioteca de funcionarios encargados de proporcionar información al nuevo Estado, de reunir en sus colecciones la «memoria colectiva» de un país y todas las huellas «literarias» de su cultura, procurando al mismo tiempo sacar a la luz las piezas más significativas de esta cultura y de contribuir a la redacción de una monumental «historia literaria» que terminará por desembocar en lo que hoy llamamos bibliografía nacional. En este contexto, los antecedentes de lo que es hoy el depósito legal (nacido ya con anterioridad, pero en el fondo no más que como una forma de nuevo tributo al príncipe, cuando no de control ideológico y de censura) pasan a cobrar un sentido cultural. Es la biblioteca nacional concebida como «archivo bibliográfico» de un país. Ninguna biblioteca más significativa de esta época que la Library of Congress, nacida precisamente en 1800; sólo que, en este caso, la «nación» de los Estados Unidos de América era y sigue siendo un prodigioso mosaico de pueblos y de culturas y, por ello, la primera biblioteca del mundo no ha perdido nunca su condición de «bibliotheca mundi».

En la *tercera época*, que comienza probablemente en sus manifestaciones más avanzadas cuando cambiamos de siglo, la biblioteca nacional se convierte en primera biblioteca de un país, en biblioteca de bibliotecas. Conseguida la alfabetización popular y constituida la biblioteca pública en escuela de democracia, la biblioteca se va orientando sobre todo hacia la información. El volumen creciente de la información, por un lado, y el incremento de las necesidades informativas en los usuarios cada vez más numerosos y exigentes (puesto que la biblioteca parece haberse asentado ya como institución social) empujarán hacia una tecnificación y afinamiento de los trabajos bibliotecarios. Ya no basta el erudito y sabio conocedor de libros, ni el exquisito bibliógrafo buen conocedor de la cultura nacional. Es preciso el bibliotecario técnico. Y, a la hora de aprender y aplicar sus técnicas bibliotecarias —que afectan tanto al acceso a la información bibliográfica como al acceso al documento— el bibliotecario se encontrará incapaz de hacer frente a la demanda social sin una ayuda que le eche una mano en el tratamiento de la información (por medio de normas y de instrumentos informativos) y en la llegada del lector al libro (a través de catálogos colectivos, del canje bibliográfico y del préstamo interbibliotecario). La biblioteca nacional, dotada por lo general de las colecciones más ricas, de los instrumentos de trabajo técnico más abundantes y del personal más especializado, será considerada como la institución más adecuada para este fin. Cuando en 1901 la LC comienza a editar su ficha impresa, han nacido ya los nuevos tiempos y las bibliografías nacionales comienzan a ser algo más que un espejo donde hallar reflejada la memoria colectiva escrita de un país. Esta condición de *primera biblioteca*, tan arraigada por lo demás en el mundo hasta ahora socialista del Este, es la que será canonizada en la reunión de Viena de 1957 y la que, dentro siempre del espíritu de la Unesco y de la postguerra, irá continuamente ligada al concepto de desarrollo social de los pueblos.

La *cuarta etapa* es tanto la confesión de un fracaso —o, mejor, de una impotencia— cuanto una consecuencia de la aparición de nuevos «medios» o formas documentales y de la aplicación de nuevas técnicas al trabajo bibliotecario. La tercera etapa había dejado su huella en la conciencia política al convertir a las bibliotecas nacionales en cabezas bibliotecarias (nada menos, pero también nada más) de eventuales sistemas nacionales de información. Era ya también el reconocimiento de la necesidad de otras cabezas informativas dentro de un país. Las necesidades informativas no se sacian con lo propio, aunque algunos países, sobre todo los Estados Unidos, intentaran en la postguerra conseguir la autonomía informativa por medio de grandes planes nacionales y las «centrales bibliográficas» en que básicamente se habían convertido las bibliotecas nacionales, llevando a la práctica la definición de la Unesco, se demostraron incapaces de allegar toda la información que hubieran deseado y, lo que es más grave, de ofrecer la documentación sobre la que informaban.

Si la información es la base de una ciudadanía capaz de tomar decisiones libres y personalizadas y si las minorías de cuyas decisiones dependen las mayorías necesitan una información especializada y de plena actualidad, el bibliotecario debía ser, antes que un técnico, alguien capaz de buscar, ponderar y administrar esta información (es decir, un gestor de la información) y las bibliotecas nacionales lo iban a ser de una manera nueva: inmergiéndose (ya libres de fronteras) en el flujo total de la información y constituyéndose en puntos nodales en los que se habían de cruzar los caminos de entrada y de salida de la información a través de las bibliotecas en un país. Esto supone la asunción de responsabilidades internacionales como derivación de las nacionales y, por consiguiente, supone un robustecimiento de las responsabilidades en el mantenimiento, conservación, tratamiento técnico y disponibilidad física de las colecciones nacionales.

Era el resultado de un movimiento que, apuntado en los sesenta, por medio de reuniones —como las de París en 1961 y la de Copenhague en 1969— en las que todavía predominaba el carácter técnico de los problemas tratados, cobraría impulso en los años setenta bajo la capitanía de las asociaciones profesionales —la IFLA, antes que ninguna— y se haría incontenible con la llegada de las nuevas tecnologías que han servido de ayuda para el allanamiento de tantos muros, entre otros el de Berlín. La cuarta etapa es la de la adopción de cuatro de los programas básicos de la IFLA (el UBCIM, el DUP, el UDT y el PAC) y se ha hecho conciencia política en programas y decisiones de las Comunidades Europeas, más allá de los esfuerzos, a veces poco vertebados, primero del Consejo de Europa de Estrasburgo, a través de su apoyo a la LIBER, y de la CDNL después.

A la tercera época, en la que ocupaban posiciones propias y distintas bibliotecas y centros de documentación, en las que crecía el prestigio de la información llamada científica y técnica frente a las fortalezas humanísticas que eran las bibliotecas nacionales, en la que se pensaba ser camino bueno y suficiente la ayuda a los países eufemísticamente llamados «en vías de desarrollo» para que edificaran sus propios sistemas informativos y consiguiendo sus propias bibliotecas nacionales, ha sucedido una época en la que nos vamos asomando a «la aldea global».

La visión histórica que hemos esbozado sirve también para contemplar el devenir de nuestra Biblioteca Nacional, siempre que no seamos demasiado exigentes a la hora de colocar los límites cronológicos.

En 1712 hemos de situar el comienzo de la *primera época*. En ese año no sólo se hacía efectiva la aprobación de una librería en el real palacio, de acuerdo con el proyecto presentado a finales del año anterior a Felipe V por su confesor el P. Robinet, sino que se autorizó al público la utilización de unos fondos no muy abundantes que el rey se había traído de Francia o que procedían de la antigua biblioteca de la Reina madre. La colección, de carácter universal y enciclopédico, pretendía ser una puerta abierta a todos los conocimientos, pero poco a poco la limitación de los recursos, la evolución de la ciencia (que desarrollará nuevas ramas fuera de las ciencias sagradas, de la filosofía, del derecho, de la historia y de la literatura) y los métodos más fructíferos de adquisición consistentes en el depósito obligatorio de ejemplares (obligatorio para los impresores desde 1716) y en la incorporación —por incautación, donación o compra— de grandes colecciones pertenecientes a nobles, prelados o bibliófilos, van a configurar una biblioteca más apta para la investigación erudita y para las reconstrucciones históricas que para acelerar la incorporación de todo un país al movimiento científico y cultural europeo. Esta evolución no había sido consentida por todos. A principios del s. XIX, D. Antonio de Vargas Laguna, bibliotecario mayor, redactaba un informe que serviría de base para un plan aprobado en 1802. Vargas hacía un diagnóstico acertado y apuntaba los remedios apropiados para hacer de la Real Librería una gran biblioteca pública y científica. El diagnóstico puede resumirse en este párrafo:

«El objeto de la Biblioteca y el estado actual de la literatura exigen que no se carezca de cuanto ha salido a la luz pública, porque los ramos de las ciencias es tanto lo que se han extendido, que en ninguna materia se puede escribir con acierto y utilidad sin consultar muchos autores, cuyo examen hace ver la útil empresa de una obra ya publicada, o da nuevas luces para adelantarla y perfeccionarla».

El remedio según el, había de venir de unos bibliotecarios libres de tareas menores y rutinarias, volcados en empresas comunes y no en trabajos individuales de investigación, especializados en las distintas materias para el buen mantenimiento vivo de las colecciones y de la información al público (se adelantaba así a la idea del bibliotecario de referencia) y, sobre todo, con la apertura de la Biblioteca al mundo de los conocimientos:

«Pero, aunque todo lo referido se verifique, no por eso, señor, prosperará completamente la Biblioteca si no establece su correspondencia con las Academias y Cuerpos literarios de Europa, suscribe a sus Memorias y producciones y hace venir los papeles periódicos de literatura que se publiquen. Esta correspondencia facilitará a la Biblioteca y al público el comercio de los procesos científicos, dará a conocer las obras últimamente publicadas y formará la emulación o contraste racional que debe fomentarse entre los cuerpos literarios de diversas naciones, para que las ciencias en ninguna se atrasen y en cada una hagan nuevos progresos...»

(Citado según «Biblioteca Nacional. Reseña Histórica», pp. 13-15. En *Guía histórica y descriptiva de los archivos, bibliotecas y museos arqueológicos de España... Sección de bibliotecas. Bibliotecas de Madrid*. Madrid, Tip. de la Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1916).

Vargas tuvo difíciles misiones en Roma y propuso arbitrios que fácilmente

podieron tacharse, en visión de su tiempo, de anticlericales. En verdad, bien pudiera ser uno más de los españoles que han tenido clara la mirada y la tristeza.

Tras algunos tanteos anteriores, en efímeros períodos constitucionales, en 1836 la Real Librería pasa a llamarse y a ser definitivamente la Biblioteca «nacional». Los bibliotecarios dejan de ser «criados de la Real Casa» y se convierten en empleados públicos. Pero pasaría todavía algún tiempo antes de que la biblioteca se convirtiese realmente en nacional. Tendría lugar esta conversión con la creación en 1858 del Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios, con el establecimiento en el Reglamento de 1857 de dos premios para obras bibliográficas (sobre un autor y sobre una materia respectivamente) como primer paso, dentro ya de un plan sistematizado de publicaciones, para la redacción de una bibliografía nacional retrospectiva, y la colocación, en 1866 de la primera piedra en el paseo de Recoletos del llamado Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales. Estamos en la *segunda etapa* de la Biblioteca Nacional, que, si por un lado había tardado en llegar, por otro subsistirá hasta demasiado tarde, encadenando la idea nacionalista romántica con conceptos nacionalistas mucho más recientes reivindicadores de lo imperial para una Biblioteca que frente al carácter más decididamente «imperial» de otras bibliotecas nacionales como las de París, British Museum, Washington o Moscú, conservaba del Imperio poco más que los fondos del antiguo Ministerio de Ultramar que pasarían a formar la sustancia de la llamada Sección de Hispanoamérica.

La tardanza en los comienzos se explica en buena medida por lo general decadencia española en la primera mitad del s. XIX, por los tiempos azarosos de su primer tercio y por la vida lánguida que arrastró la Nacional durante estas décadas. Baste pensar que desde la *Collectio canonum...* de 1808 no se publicó prácticamente nada hasta la publicación del primer premio en 1858. Nada tiene, pues, de especial que estuviera a punto de quedar convertida, junto a las actuales de El Escorial o de Palacio, en una más de las bibliotecas reales históricas por obra, entre otras causas, de la acción incansable de una mente brillante y con el viejo señuelo del progresismo azuzado además por motivaciones personales y políticas. Se trata de Bartolomé José Gallardo. Su actuación en los asuntos de la colección Salazar y de la Biblioteca Nacional de Cortes, a lo largo de casi cuarenta años, fue uno de los obstáculos que hubo de vencer la Biblioteca Nacional para llegar a serlo. Se trataba una vez más de un español descontento con lo que veía y deseoso de hacerlo a su manera. Apoyado en las ideas del ilustrado P. Sarmiento, publicadas ya en 1743, Gallardo, con visión clarividente y adelantándose a su tiempo, proponía la creación de una red de bibliotecas públicas provinciales (siempre con un carácter marcadamente conservador y erudito), encabezada por la Biblioteca de Cortes que, además de servir como biblioteca al Congreso Nacional, sería la biblioteca nacional con las siguientes funciones:

«será instituto de la Biblioteca Nacional Española de Cortes el reunir todas las obras impresas, estampadas y manuscritos de autores españoles, las obras escritas en español, sus dialectos e idiomas provinciales, las que hubiesen impreso en alguno de los pueblos de la Monarquía española y, generalmente, aquellos libros más clásicos que traten de cosas de España».

(V. Rosario Herrero Gutiérrez, *La Biblioteca del Senado*. Madrid, Senado, 1982, p. 23).

Se trata del art. 12 de un Reglamento aprobado en 1813. No es precisa mucha imaginación para adivinar el destino de la que sería Biblioteca Nacional de haberse cumplido este Reglamento y de no haber sido derogado por Ley de 1838. Por no ahondar en otros comentarios, baste decir que el intento de Gallardo se apartaba notablemente —por razones nada científicas— de seguir el ejemplo dado por la patria de la Revolución. La tarea de encaje de bolillos bibliográfico y de resurrección de autores y de textos de la cultura española va a convertirse en el principal campo de acción de la Biblioteca Nacional a lo largo de todo un siglo. Entre los bibliotecarios más activos de la II República y aun entre algunos de la postguerra no faltaron voces que apuntaba hacia otro mundo bibliotecario. Pero ni las figuras más eminentes con Menéndez Pelayo a la cabeza, ni los bibliotecarios más pugnaces, como Antonio Paz y Melia (su obra *La cuestión de las bibliotecas nacionales...* tenía, a pesar de sus méritos, mucho de petición solipsista de reposo para la Nacional como biblioteca de investigación), ni la idea de sus principales usuarios (valga la figura de D. Pedro Sáinz Rodríguez y su obra póstuma como último testimonio), ni las bases sobre las que se sustentaba el prestigio profesional del bibliotecario contribuyeron a caminar en esa dirección.

El Decreto de 1957, junto con el Reglamento posterior que lo desarrolla, abre la *tercera etapa*, aunque, por sorprendente que pueda parecer esta afirmación, no sirva demasiado para la revitalización de la Biblioteca Nacional. El Decreto considera a la Nacional como «primer Centro bibliotecario», insiste en la necesidad de dotarle «de una técnica adecuada, cada vez más precisa y universal», encomienda a la Junta Técnica del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios la redacción de un plan que le permita «disponer de una técnica rigurosa y actual, necesaria para su prestigio de primer Centro bibliotecario de la Nación», devuelve a su Dirección «el carácter rigurosamente técnico que corresponde a la naturaleza del Establecimiento», hasta determina que «la Secretaría General seguirá correspondiendo a un funcionario facultativo». Y, sin embargo, encomienda a un Patronato las funciones no sólo de conexión con la sociedad, sino también de gestión, y, lo que es más grave, dice casi al final de un preámbulo extremadamente confuso:

«Servicios tales como el de Información Bibliográfica, Microfilms, Cambio nacional e Internacional, Depósito Legal, Ficha única, etc. de carácter esencial para la bibliografía de la nación, no pueden quedar reducidos a los límites propios de nuestra Biblioteca Nacional».

En su acta de nacimiento, la Biblioteca llevaba inscrita su partida de defunción. La Biblioteca Nacional entraba en la modernidad técnica, pero no funcionalmente. Se trataba de conseguir una biblioteca técnicamente perfecta, pero no se decía cómo ni para qué.

La conciencia política de la necesidad de un órgano capaz de prestar una serie de servicios bibliotecarios centrales, no iba acompañada de la lucidez suficiente para el aprovechamiento y concentración de los escasísimos recursos ni mucho menos para confiar el ejercicio de funciones políticas a órganos técnicos, precisamente en un momento en el que el valor social y económico de la información pasaba ya a constituirse en uno de los fundamentos de la vida social. Todavía, las bibliotecas españolas —quiero decir los españoles— siguen privadas de instrumentos esenciales para la conservación

de su riqueza bibliográfica, para el acceso a la información sobre el documento y mucho más para el acceso al documento mismo.

Son muchas las razones de este fracaso y no han dejado de sonar voces proféticas y, como es fácil de suponer, casi siempre airadas.

En última instancia, a la Biblioteca le quedaba el recurso de refugiarse en su presunta pasada grandeza y de amamantar con mimo a sus devotos, en medio de una sociedad pavorosamente hambrienta de información, o el de salir casi a los caminos repartiendo pan a los pobres. En todo caso, se trata de una fuga y de una fuga decididamente hacia atrás.

Al comenzar los años ochenta aumentó hasta el paroxismo la sensación de hacer camino por un desfiladero cerrado y la de vacío ante la idea de que la Biblioteca, a pesar de los esfuerzos, de la densidad profesional y de un voluntarismo casi milagrero de sus dirigentes y de su personal, podía verse obligada hasta a renunciar a ser una biblioteca técnicamente perfecta. Se pujaba por conseguir dotarle de la infraestructura administrativa, de las herramientas técnicas y de los medios físicos necesarios para poder hacer frente a responsabilidades tanto nacionales como internacionales, es decir, para poder recorrer de golpe la tercera y la *cuarta etapa*. La herramienta técnica la ofrecería un sistema automatizado en la B.N. (SABINA en una primera fase experimental) como cabeza de un sistema nacional (PIBI) que se pusieron en marcha en 1981. El Plan Director de la Reforma de la B.N., que comienza en 1983, quiere adecuar una noble y vieja carcasa a las nuevas responsabilidades. La estructura administrativa —que unifica o coordina los servicios bibliotecarios de ámbito nacional— queda fijada en el Decreto 848/1986. Ninguno de estos tres programas reformadores ha seguido un camino recto. El sistema SABINA ha sido sustituido por uno nuevo, todavía sin bautizar, y el PIBI por el Plan de Informatización de las Bibliotecas Públicas del Estado en 1989; el Plan de Reforma ha sido recortado notablemente, por una parte, mientras que, por otra, se ampliaba transformando en segundo depósito de la Biblioteca Nacional lo que se había pensado inicialmente como Biblioteca Nacional de Préstamo, proyecto, a su vez, también notablemente recortado; la estructura administrativa se modificaba de hecho, ignorando algunos aspectos de la misma e incorporando la Biblioteca Nacional de Préstamo a la Biblioteca Nacional y se complementaba con el Reglamento de Bibliotecas Públicas del Estado y del Sistema Español de Bibliotecas (RD 582/1989 de 19 de mayo). Sin entrar en un juicio pormenorizado de los programas, su necesidad era patente en un momento en que la conciencia bibliotecaria europea se había hecho ya conciencia política, como hemos dicho, y la nueva situación política española, con el hecho de las autonomías, obligaba a repensar algunos planteamientos. No sé si la meditación se ha hecho, pero sí sé que sobre estos tres pilares descansa la Biblioteca Nacional que va a enfrentarse al futuro. Pero ¿qué futuro?

En los últimos tiempos, también en las bibliotecas, la historia anda muy apresurada. Y nos estamos acercando, acaso nos hemos introducido ya, en una *quinta etapa* de las bibliotecas nacionales. Las señales de los nuevos tiempos vienen sobre todo por dos caminos: las voces críticas que comienzan a levantarse y el movimiento mismo de las grandes bibliotecas nacionales.

Las voces críticas venían incubándose en el claro desánimo con que se veía languidecer la acción de la Unesco o de la Liber (en distintos planos) y en la comprobación de que una conferencia como la CDNL era incapaz de con-

seguir una conciencia política homogénea y mucho menos de evitar que cada una de las más de setenta bibliotecas con nombre de nacionales corriese su propio destino. Destino, por lo demás, extraordinariamente gris en la mayoría de los casos. Hay en el fondo de esta desilusión un miedo, el miedo al exceso: al exceso de fondos y colecciones, al exceso de organización y de infraestructura legal (también de control político), al exceso de arquitectura, al exceso de sabios juntos, mientras que el fin de las bibliotecas nacionales, como el de cualquier biblioteca (y estamos traduciendo una especie de lema último de la gran Library of Congress) es «convertir la información en conocimiento y el conocimiento en sabiduría», es decir, en formas de vida, y no sólo en nuevo conocimiento, como correspondería a una biblioteca de investigación.

Hay quien se pregunta ya si son evitables y cómo las tensiones entre mundo editorial y bibliotecas nacionales, entre bibliotecas nacionales y bibliotecas científicas (universitarias y especializadas), entre bibliotecas nacionales y públicas, entre información bibliográfica e información científica y técnica.

Hay algunos que dudan de si la biblioteca nacional es un anacronismo, la ostentación de un lujo cultural, o el anhelo de un imposible. Las voces pueden resumirse en esta larga, pero significativa cita de un artículo de Maurice B. Line, de la British Library:

«Al comenzar este artículo, hice alusión a la creencia general de que un país no está completo sin una Biblioteca Nacional. Pero... algunos países no la tienen y probablemente quizás no la tengan nunca y, en otros, un debate que había permanecido oculto en el pensamiento se ha reabierto crudamente. Ni siquiera podemos suponer que la biblioteca nacional es una institución permanente. Algunas han pedido partes importantes (en Australia los archivos visual y de sonido están ahora separados de ella) y en un país (Papúa, Nueva Guinea) la Biblioteca Nacional está amenazada de cierre. En otras partes se auguran reducciones, aunque se disfracen de «ahorro de recursos». Hasta ahora, el debate ha tendido a ser más fuerte allí donde las bibliotecas nacionales son más pequeñas, pero da la impresión de que va a ir creciendo en volumen e intensidad en países en los que la biblioteca nacional es grande y bien establecida.

Las bibliotecas nacionales pueden tener que escoger entre ser consideradas como un lujo cultural prestigioso, pero del que, en última instancia, se puede prescindir, o como un elemento vital en el sistema informativo de la nación y, por consiguiente, una contribución vital a la futura salud económica del país. Cada vez menos países van a estar dispuestos a sostener caros símbolos de su nacionalidad, a menos que sean algo más que símbolos. No todas las bibliotecas nacionales parecen darse cuenta de las amenazas y peligros con los que se enfrentan ni de las oportunidades que se les están presentando. No está claro ni mucho menos si están preparadas para reaccionar ante tales amenazas y oportunidades o si son capaces de realizar los ajustes, acaso enormes, que van a ser precisos; tamaño y dignidad no siempre van parejos con la adaptabilidad. (Y vamos a dejar la comparación con los dinosaurios, porque existieron alrededor de 120 millones de años y son mejor conocidos que lo fueron jamás 70 millones de años después de haber desaparecido). El debate necesita acaso ser puesto en un nivel aún más radical y tenemos que preguntarnos no sencillamente lo que la biblioteca nacional tiene que hacer, sino sencillamente si son necesarias, para qué sirven

y por qué tienen que hacer lo que todo el mundo dice que tienen que hacer».

(Line, Maurice B.: «National libraries in a time of change» En *Nationalbibliotheken im Jahr 2000: National libraries in the year 2000*. Frankfurt a. M.: Buchhändler Ver., 1988) p. 63.

Es un texto que admite muchas interpretaciones, pero que podría dar pie, cuando menos, a las siguientes: que no conviene identificar responsabilidades nacionales de las bibliotecas con responsabilidades de las bibliotecas nacionales —con las consecuencias que de ello se quieran sacar—, que no debemos darnos prisa por crear bibliotecas nacionales allí donde no existan, que ha pasado la hora de las bibliotecas nacionales históricas o que éstas deben sufrir una transformación mucho más radical de lo que supone un simple tratamiento de cirugía estética o de puesta en forma.

A una afirmación de carácter tan global no podía llegarse, so pena de correr el riesgo de que sea tachada de injustificada y escandalosa, más que a través de análisis por estratos. Y efectivamente ¿no es un sueño la exhaustividad en las colecciones nacionales? ¿Es que puede una biblioteca nacional reunirlo todo? Todavía más importante, ¿es que puede reunirlo sola? ¿Dónde encontrar la memoria de un pueblo para archivarla? ¿Dónde está la cultura, el conocimiento social? ¿Qué papel jugaría la biblioteca nacional en la mayoría de los países de Africa y América cuya memoria es fundamentalmente oral o visual, en los que buena parte de su memoria ha sido secuestrada por otros países generalmente los colonizadores, y en los que los productos documentales impresos de su interés se hallan totalmente fuera de sus posibilidades financieras? Además, la exhaustividad alcanza a todo lo publicado (en nuestro caso, primero en España, luego en Hispanoamérica y por fin en todo el mundo). ¿Cómo conseguir esta exhaustividad? Es ingenuo creer que el depósito legal es una solución perfecta. Aun admitiendo el cumplimiento más riguroso, el depósito legal es insuficiente para recolectar la «literatura gris», los escritos ocasionales, las obras inéditas, los productos de difusión «no corporal» (radio, TV, en-línea —sobre papel, en COM, textuales—, videotex...), los encomendados a otras entidades como las patentes o el cine (largos, cortos, documentales...). ¿Cómo creer que una biblioteca nacional ella sola es capaz de reunir la «memoria colectiva», de constituir el archivo bibliográfico de un país y ni siquiera su tesoro, cuando en España, por ejemplo, existen colecciones tan importantes como las de las bibliotecas escurialense y de Palacio, de las universidades y de las catedrales?

¿Y la función conservadora? Las bibliotecas nacionales no han sabido vencer la oposición entre su misión conservadora y las exigencias de un uso creciente directo y en reproducciones o en muestras nacionales e internacionales. Y ni siquiera han podido atender a la restauración de sus piezas más valiosas, a la conservación de sus colecciones únicas y, mucho menos, a la preservación, mirando al futuro, de un papel amenazado de muerte prematura en bibliotecas llamadas a ser seculares, bien sea salvando el contenido por medio de las microformas o de los registros ópticos, bien sea robusteciendo el original por el tratamiento restaurador selectivo o por la desacidificación masiva y la posterior climatización a esos 10º que se consideran ideales.

En cuanto al control bibliográfico, sin volver a recordar los materiales que no se poseen, el dejar de lado tanta «literatura gris» y publicaciones «me-

nores» o «efímeras» parece olvidar que «la basura de ayer es hoy sociología y que la basura de anteaayer es hoy historia». Las mismas bibliografías nacionales (más de sesenta se publican con cierta asiduidad) son de hecho tardías y selectivas, suelen olvidarse de la «literatura gris» y de otros muchos materiales y casi nunca se ocupan del análisis de las publicaciones periódicas ni de la explotación informativa de rabiosa actualidad en la prensa; pero, además, ¿para qué? Las grandes publicaciones gremiales o bibliográficas comerciales, los grandes servicios bibliográficos —comerciales o paracomerciales, al estilo del OCLC— y las grandes bases de datos comerciales han cubierto de hecho este campo y algunas grandes bibliotecas nacionales han resignado en ellas total o parcialmente sus funciones bibliográficas. Y cuando con la automatización ha llegado la hora de emprender los grandes programas de reconversión —de los que generalmente depende la creación de los grandes catálogos colectivos y, consiguientemente, el acceso al documento, las bibliotecas nacionales no han dudado en acudir a proveedores externos de registros bibliográficos—.

En la investigación profesional (normalización, aplicación de nuevas técnicas, automatización y gestión de la información) todos somos deudores a muy pocos centros y éstos no son siempre bibliotecas nacionales.

Para no cansaros: da la impresión de que Line se queda corto cuando afirma que las bibliotecas nacionales son «fundamentalmente recursos y no servicios». Hasta de eso podría dudarse, muchas veces.

La otra voz de alerta nos llega del movimiento de las grandes bibliotecas. Tendremos que hablar de las cuatro llamadas «grandes» (Library of Congress, British Library, Nationale de París y Deutsche Bibliothek), sin olvidarnos de otro grande, por muy advenedizo y poco cercano culturalmente que sea, la National Diet Library de Tokyo. Estas grandes bibliotecas encabezan una impresionante estampida que se manifiesta en su continua inquietud organizativa y en su fiebre constructiva. Si las voces de aviso me parecían proceder del miedo al exceso, creo que este movimiento es debido al miedo a la soledad. Las bibliotecas nacionales sencillamente se resisten a despegarse de la sociedad, tienen miedo a quedarse reducidas a inmensas cámaras frigoríficas del conocimiento social, de quedarse no más que con la «teca» de su étimo. No se resignan.

La Library of Congress sabe ya que sus más de 200.000 m<sup>2</sup> serán bien pronto insuficientes y que deberá pensar en ensancharse y agregar a sus tres edificios (Jefferson, Adams y Madison) otro nuevo, pero, mientras tanto, se libra de cargas evitables por medio de la cooperación con otras entidades, va afinando el carácter selectivo de sus inmensas colecciones, se vuelca en la aplicación de nuevas técnicas de conservación masiva y de reproducción documental y se mantiene fiel a una trayectoria histórica: el servicio al Congreso (de acuerdo con su espíritu fundacional); su carácter de «memoria mundi» que está de acuerdo con las ideas de su duodécimo director Boorstin y que se refleja en la restauración en curso del edificio Jefferson para constituirlo en «museo universal de la palabra escrita», que no en vano los Estados Unidos están hechos de mundo, y el servicio a las demás bibliotecas norteamericanas y del mundo (según el espíritu, de guerra y de postguerra, de sus directores Mac Leish y Evans). Pero hay algo más. En el último Congreso parisino de la IFLA, en 1989, se nos daba a conocer el plan organizativo de su actual director James H. Billington. Por él podemos ver que la Library

of Congress no quiere cerrarse a nadie y pretende «facilitar y celebrar toda creatividad intelectual libre, de cualquier persona y en cualquier materia», eliminando las acciones inútiles y repartiendo adecuadamente las responsabilidades. Nada tiene, pues, de extraño que acoja entre sus servicios algunos no siempre catalogados entre los específicos de las bibliotecas nacionales como son los llamados «servicios constituyentes» (a deficientes, al mundo de la educación, a empresas, al gobierno, a la ciencia y la tecnología), la Oficina de Derechos de Autor, el Centro Nacional de Traducciones y la LC Cultural Services Foundation.

La British Library pretende reducir sus más de veinte edificios (ocupados total o parcialmente) a sólo tres: el de Boston Spa, la hemeroteca de Colindale y el nuevo edificio de St. Pancras, junto a la estación de este nombre. El vasto proyecto (de 400 millones de libras) deberá terminar su primera parte (de 75.800 m<sup>2</sup> por un costo de 250 millones de libras) en 1994. En el aspecto organizativo la British Library, creada en 1972 y reestructurada profundamente en 1985, apuesta decididamente por las nuevas tecnologías y por la apertura en sus órganos directivos y en la búsqueda de colaboradores, apuesta por los contactos cooperativos y de servicio con otras organizaciones y con el sector privado; fija prioridades programáticas para la cooperación en la aplicación del «Conspectus», en la conservación unida a la creación de registros nacionales de microformas, y en integrarse en las redes por la OSI e insistir en la publicación de libros, facsímiles, diapositivas, productos electrónicos y registros sonoros.

En 1995 se espera terminar el nuevo edificio de la Deutsche Bibliothek de Frankfurt (¿quién esperaba la caída precipitada del muro de Berlín?) Con él esperan resolver el problema de dar alojamiento a cerca de 200.000 piezas anualmente, el de instalar un sistema automatizado más capaz, más integrado y más apto para participar en redes nacionales e internacionales y el de reorganizar la biblioteca. Sus programas, basados en el convencimiento de la descentralización, pero también en el de que la descentralización no ha barrido la necesidad económica (aunque sí la técnica) de servicios centrales, son básicamente los siguientes: cumplir sus obligaciones respecto al patrimonio bibliográfico en colaboración con otras instituciones (tanto en la formación de colecciones como en los servicios bibliográficos y de reconversión); mantener sus servicios para los usuarios y para las bibliotecas de forma cooperativa (bibliografía nacional, BIBLIO-DATA, cintas UNIMARC, ficheros de autoridad, producción de CD-ROM, lista de encabezamientos, etc.) hasta con entidades privadas; apoyar los cuatro programas básicos de la IFLA; controlar los masters de microformas de todo el país; constituirse en punto nodal en el flujo de datos de dentro hacia afuera y de fuera hacia adentro y llegar a la autofinanciación en al menos un 25%.

Francia, que además de su BPI en el Centro Pompidou (1977) había ganado, entre 1945/1985, 50.000 nuevos m<sup>2</sup> para su B.N. ha hecho estallar la traca de su Bibliothèque de France (160.000 m<sup>2</sup> y 4.000 millones de francos) en Tolbiac, detrás de la estación de Austerlitz y a las orillas del Sena. La nueva biblioteca, que debería abrir algunos de sus servicios ya en 1995, rompe decididamente con la tradición elitista de la nacional de París y buscará la utilización exhaustiva de los fondos, la facilidad en la difusión del conocimiento y la rapidez en la identificación y en la consulta de los documentos dentro de un complejo abierto a toda clase de usuarios quienes, en una gran varie-

dad de espacios y de servicios, se encontrarán con una especie de megabiblioteca pública abierta a todos, una biblioteca de estudio para lectores dotados de tarjeta y salas de investigación para trabajos selectos y reposados dentro de un ambiente arquitectónico «inteligente» y esencialmente acogedor para los distintos usuarios.

La nueva National Diet Library de Japón, supone también una ruptura con la «vieja» NDL de Tokyo (1968) y se está construyendo en la región de Kansai, a 500 km. de la capital, con Osaka y Kyoto como principales centros de usuarios. La NDL2, concebida dentro del pensamiento expuesto ya en 1946 por John E. Burchard (Bibliotecario del MIT y arquitecto) acerca de la extensión y duplicación de seguridad de las bibliotecas nacionales, trata de ser una biblioteca no convencional atenta a todas las novedades, de dispersar las colecciones frente al peligro de terremotos y de conseguir un edificio inteligente con capacidad para conservar —con desacidificación masiva incluida— 20 millones de volúmenes y de reproducirlos con rapidez.

No faltan otros ejemplos singulares y el proyecto de la biblioteca de Alejandría y la idea de la Europea vienen a sumarse a este movimiento que constituye evidentemente una huida hacia adelante en la que los grandes dinosaurios, dejando a veces en el camino (como en los casos de París y de Tokyo) la vieja piel, evolucionan precipitadamente para poder seguir tomando el sol sobre la tierra.

Si hubiéramos de hacer un resumen que nos sirva de balance, diríamos que hay bibliotecas nacionales que pueden no tener que llegar a nacer, otras que pueden casi desaparecer en la corriente de empresas cooperativas en las que no desempeñen papeles de protagonistas, otras que se fosilizarán en su cascarón histórico y las más despiertas que buscarán sus funciones al servicio de la nueva sociedad.

Se trata de una sociedad con poco oído para el «prestigio» de las bibliotecas nacionales históricas en la época de los «medios» y de la edición electrónicos, que no acepta con demasiada gana la herencia de compromisos culturales adquiridos, que desconfía de las planificaciones estatales frente al movimiento más espontáneo de los grupos sociales y de los individuos, que anda escarmentada de ideologías, es decir de la defensa militante de las ideas y no de éstas (ya que ellas, junto acaso con los nuevos medios globalizadores han sido las trompetas de la nueva Jericó); que va perdiendo su fe en la ciencia y por ende en la «información científica» como fuente de felicidad; que comienza a apreciar el aprendizaje lúdico en estudios informales y acaso sin titulación, el ocio en los trabajos de afición y el saber como forma de realización vital y de autocumplimiento, a la manera que lo son el juego en el niño, el sueño en el adolescente y el exceso vital en el joven. Estamos en una sociedad que va a llegar a la «biblioteca a domicilio» y a la «enseñanza a distancia», que aprecia los elementos (por ejemplo, las bibliotecas de todo tipo) de nivelación social con servicios de valor añadido a buen precio y no precisamente gratuitos.

Para esta sociedad, las bibliotecas nacionales de la *quinta etapa* deberán cumplir funciones más abiertamente sociales y tener las siguientes características:

1. Una cada vez mayor *autonomía administrativa*, es decir, una función más directamente social que política. Esta autonomía supone una mayor capacidad de gestión, pero también una mayor incorporación de la sociedad

a sus órganos directivos y acaso la renuncia a toda función de dirección planificadora y de cabeza de un sistema nacional de bibliotecas.

2. Conciencia de su condición de centrales de recursos y de servicios en acción cooperativa y como *coordinadoras* en la tarea de creación, mantenimiento y conservación de colecciones nacionales completas y disponibles y de colecciones extranjeras selectivas en un plan que supone la previa aplicación del «Conspectus»; en la del control bibliográfico con vistas a la localización del documento; en la de conversión retrospectiva de los registros; en la de redacción de ficheros de autoridades; en la de formación de registros de «masters» de microformas y del acceso al documento superando el viejo concepto del préstamo interbibliotecario.

3. Integración en la *acción bibliotecaria internacional*, sobre todo dentro de la triple vía señalada por las Comunidades Europeas de construcción de grandes bancos de datos, integración en redes automatizadas dentro del espíritu de la OSI y desarrollo e incremento de la oferta de servicios, sobre todo de los llamados de valor añadido.

4. *Participación de la sociedad* en su gestión, asesoramiento, trabajos y realización de programas por medio de la incorporación de especialistas, de la cooperación con asociaciones y entidades académicas, científicas y culturales, de publicaciones convencionales y electrónicas y de toda clase de servicios a personas físicas o jurídicas. Explotación máxima de los fondos de toda clase al servicio de la sociedad. Valoración de lo que hasta ahora eran consideradas colecciones «secundarias».

5. Conciencia de que por cuanto se refiere a las innumerables *piezas únicas* que conservan, las bibliotecas nacionales forman parte de la «memoria mundi» y de que su responsabilidad bibliotecaria, en este campo, es universal.

El 19 de diciembre, Régis Debray, en un artículo publicado en *El País* decía que, a juzgar por ciertos signos, el siglo XIX nos espera a comienzos del XXI. Es verdad que algunos indicios suponen miedo y cansancio ante la perspectiva de superordenadores cosmológicos y un alto grado de aldeanización. Mas, con el lastre de espíritu y de cultura que llevan a bordo, las bibliotecas nacionales que acierten en la derrota y en la dirección de los vientos, pueden abrir las puertas a un siglo que sólo se parezca al XIX en la falta de prisas por saltar al siguiente.

---

«Nota final. Han transcurrido exactamente dos años, desde que se pronunció esta conferencia en la Fundación Universitaria Española, y, aunque han cambiado algunas circunstancias en la situación de la Biblioteca Nacional española, el autor de este trabajo considera que sigue siendo sustancialmente válido todo cuanto en él se dice».